

partida de caza, continuación de las fiestas, al bosque oriental del castillo y allí os aguardo con la muchacha.—¿Lo oís?

Inclinaron los tres labriegos la cabeza y se fueron en busca de la salida, más muertos que vivos. Pero al salir,—exclamó el conde.

—Mirad, no importa que Santiaguillo falte; á ese bribón ya le he conocido, traed sin excusa la muchacha.

CAPÍTULO IX.

LA CAZA.

—¡Hacernos venir á caza!—decía Melchor á sus compañeros de orquesta, cargado con su viola, bajo el ramaje de una encina.

—Tiene gracia,—exclamaba el flautista muy enfadado.

—No hay ruido tan contrario á la música, ni el ruido infernal de una fragua, como este concierto de las monterías.

Observaba el arpista, quien, de puro cansado, no podía ya con su arpa ni con su alma.

—Caprichos del poder supremo,—añadió Melchor arrimando el ascua, como de costumbre, á la sardina de sus ideas políticas.

—Y aquí parecemos—añadió un trompetero,—animales que husmeamos algo.

—Justo—dijo Melchor,—á este arbolote lo han tomado por colgadero, y de sus ramas

penden mosquetes, cuernos, jaulas, tahalies, qué se yo cuantas cosas más.

—Jesús nos salve,—gritó el flautista,—hurtando su persona con rapidez, á una pieza perseguida y casi alcanzada por los cazadores, á quienes circundaba espesísima nube de polvo y fragorosa tormenta de vociferaciones.

—¡Ay!—gritó el arpista, como si lo hubieran matado, al choque de la ciega bestia con su arpa y su cuerpo, choque terrible, que dejó el arpa rota y el cuerpo maltrecho.

—Si no estoy tan listo...—exclamó el flautista persignándose.

—Te muele,—añadió Melchor con rabia.

—Como acaba de molerme á mí con todo,—balbuceó el arpista, palpándose de piés á cabeza, pues creía, según lo magullado y molido, no tener hueso sano.

—A esto nos traen aquí,—dijo Melchor, á molernos el cuerpo y á fastidiarnos el alma.

—Melchor,—gritó una voz estentórea.

—Presente,—respondió el violinista que conocía muy bien la voz.

—A mí.

—Ya voy, señor conde.

—¡Cómo tardan!—dijo el señor de

Heffelstein, que acababa de abandonar la comitiva para irse á departir con el músico sobre su impaciencia por la tardanza de Catalina, y que, á fin de no ser oído, había separado el violinista un buen trecho de sus compañeros.

—No tardarán mucho. El tío Elías es un reloj.

—¡Uh! lo que hace el amor. ¡Un soberano como yo esperar impaciente á unos siervos como ellos!

—El amor se parece á la muerte—dijo Melchor—en muchas cosas, y sobre todo, en que nos iguala y nos confunde á nobles con villanos.

El señor conde, al oír tal idea de igualdad, dió un respingo indeliberado; pero no añadió nada más en el embargo de su fantasía. ¡Oh! á cualquier otra hora y en otra cualquier ocasión, ya le hubiera mil insultos esculpido al audaz, ó ya le hubiera cruzado la cara con su látigo. Pero no estaba entonces la Magdalena para tafetanes, como decimos vulgarmente.

—¡Melchor!—vociferó el conde otra vez en alta voz, como si el músico estuviera de allí ausente.

—Señor,—le respondió el siervo riéndose

para sus adentros de las distracciones señoriales.

—Esa presa...

—¿Qué presa?—preguntó Melchor mirando al campo con sorna, como si de alguna presa de caza ó cazador se tratase.

—Esa muchacha...—dijo el conde corrigiendo su anterior concepto.

—Ya.

—Sería la primer presa que al apetito de un gentil-hombre de mi estirpe se huyera y escapara.

—No digo que no.

—Y pues tengo derecho por antiguas leyes, costumbres, usanzas á poseerla en el día mismo de su casamiento, la poseeré, te lo aseguro, á las barbas de su marido.

—Haced lo que os pida el gusto; pero ateneos á las consecuencias, señor.

—¿Qué consecuencia, ni qué niño muerto? Aún los honro demasiado. Yo, el esposo de una hija del Emperador Maximiliano, tía por ende nada menos que del Emperador Carlos V, yo me humillo hasta mezclar mi sangre señorial con la sangre de una plebeya y no me lo agradecen. ¡Oh! serán cazados los patanes como javalies, y hechas sus carnes morcillas para que se las coman mis perros.

—Señor, haréis de todos ellos cuanto queráis, pero esto no puede obstar para que os diga con franqueza lo que me dicta con imperio mi lealtad á vos y mi conocimiento de Santiago.

—¿Y qué todo eso te dicta?

—Señor, lo he dicho tantas veces, que no he menester repetirlo.

—Te dicta que podrá el cuitado levantarse hasta mí para ofenderme.

—¡Oh!

—Pues si llegara ese vil gusanillo á levantarse para mirarme, quedaría consumido; imagínate lo que le sucederá si llega por accidente á levantarse para ofenderme.

—No digo que lo alcance, no digo que os ofenda, no digo que pueda, mucho menos diré que deba, pero digo que os ofenderá, señor.

—Pues yo le mataré á él y á los suyos, de tal modo, que no reaparezcan sobre la tierra, como se desarraiga un árbol, ó se extirpa una mala simiente, ó se concluye con una mala especie. Yo desenterraré los huesos de sus viles antecesores que haya enterrados, para que alcance mi furor á los que le engendraron, así como alcanzará por la extirpación de cuantos vivan, á los que podrán

ellos engendrar por su parte con sus ardientes y desapoderados amores.

—Señor conde,—gritó, al llegar aquí el señor feudal en su rabia, uno de los monteros que acompañaban de continuo su persona y que volvía desalado á darle, como veremos, una noticia.

—¿Qué hay? preguntó el conde malhumorado.

—Pues hay que han llegado los campesinos ayer citados aquí, á la caza, y como tengo la orden apremiante de recibirlos con celeridad, y acompañarlos á vuestra presencia, llevo como el aire.

—Bien, bien. Allá voy. Echad á correr y que me aguarden, dijo al montero el conde.

—Allá voy, señor.

—Pues, Melchor, no hay remedio.

—Cúmplase vuestra voluntad soberana.

—Vienen á pedirme licencia para la boda, y tendrán licencia, con la condición de que paguen el tributo debido por su servidumbre á mi grandeza, Melchor.

—Que vos lo cobréis por fuerza, no lo dudo; pero que lo paguen ellos de grado, no lo creo.

—Pues mira, he pensado, tras madurísimas reflexiones, darles mi señorial y válida

licencia para casarse, mas con la condición de resucitar mis antiguos fueros sobre las nupcias de siervos, condición que tú comunicarás hoy mismo á Santiaguillo donde quiera que lo encuentres.

—Señor, podéis matarme, pero no podéis constreñirme á que cumpla esa condición.

—¿Cómo?

—Tal es el conocimiento que tengo de Santiaguillo. Me aborrecería.

—¿Y qué?

—Me mataría de seguro.

—Ya se guardará muy bien de tal desaguisado.

—No le conocéis.

—Pues si te mata, que te mate.

—Señor.

—Así saldremos de dos.

—Yo sólo debo decir una cosa.

—¿Qué cosa?

—Que si vuestro derecho de percibir la pernada, estuviera tan claro como vuestro derecho de percibir, por ejemplo, la corvea, no anduvierais como andáis ahora con todos esos repulgos de empanada, y no tendríais como tenéis toda esa muchedumbre de tenacísimos escrúpulos inconcebibles en persona como vos.

—Yo te diré: de un lado, ciertos descuidos han hecho que cayeran todos esos privilegios en algún desuso; y de otro lado, los celos de nuestras esposas y otras puerilidades así nos han traído á este punible abandono. Pero el privilegio es constante; nos pertenece del ganado de los siervos, los primeros recentales; de la cosecha de los siervos, el primer fruto; de los trabajos de los siervos, el primer esfuerzo; del matrimonio de los siervos, la primera noche.

—Pues los siervos, señor, que podrían consentir todo lo demás, esa primera noche no la consentirán nunca, no. Antes muertos, sí, antes muertos.

—Melchor. No tienes mi paciencia, que podría extirparte como el fuego voraz á la triste arista.

—Señor, os debo la verdad, y os la digo.

—Lo que has de decir es la condición con que voy á dar la licencia para el casamiento.

—Matadme, señor, puesto que, según vuestras creencias, la vida de este siervo, ¡ah! os pertenece antes que á Dios mismo, quien lo crió.

—Seguramente.

—Matadme; pero permitidme deciros que

jamás llevaré tal condición á noticia de Santiago. Decídsela vos, ó notificádsela por los oficiales de vuestra casa y no por vuestros músicos, que aunque tocan mucho en todas las festividades, lo que es en este asunto, señor, no tocan pito.

—Pues, mira, te cortaré las orejas.

—Cúmplase vuestra voluntad.

—Y si me apuras mucho, la lengua.

—Sea.

—Y si me lo pide, Melchor, el gusto, hasta la cabeza.

—Bueno. Pero yo no diré la condición.

—Ya lo veremos.

—Lo veréis, señor, lo veréis.

—No te hagas el valiente.

—Allende, señor, de morir no puede pasarme nada.

—Te aplastaré como á esta mosca,—dijo el señor, aplastando entre sus dedos una mosca que acababa de coger en las crines de su caballo.

—Me aplastaréis como queráis; pero ha llegado la hora de que no transijamos por nuestra voluntad con las indignidades heredadas de nuestros infelices padres.

—Arrogante vienes á mi presencia. Y te soltaría la jauría de mis perros para que te

devoraran, si no te creyera loco, y tan acostumbrado á la retórica revolucionaria como á la música luterana.

—Creed, señor, de mí cuanto queráis; pero no podéis creerme bajo, ni mucho menos indigno.

—El señor feudal soltó una involuntaria carcajada en cuanto escuchó al siervo hablar de dignidad, sentimiento que creía él reservado tan sólo á los nobles. Y después de un largo silencio, en el que, si recogió Heffelsstein su pensamiento dentro de sí mismo con facilidad, no pudo recoger sus pasiones con igual facilidad dentro de su pecho, exclamó como quien toma una suprema resolución.

—Ó dirás mi deliberada intención al siervo, Melchor, ó morirás hoy mismo, bien á las garras de mis leones, bien colgado de la horca.

—Señor, moriré como queráis; pero no me llegaré á entrometer jamás en asuntos de tal género, sobre todo, cuando no me conciernen.

—¡Vaya una soberbia! —dijo el señor, mirando de piés á cabeza con aire muy escudriñador á su doméstico, para persuadirse de que hablaba con un sér verdaderamente real, y no con un engendro fantástico de su

imaginación acalorada, pues nada menos que una pesadilla le debía parecer á un conde aquel músico de tan extraordinario temple y de tan firme y robusta voluntad.

—Veamos á esa gente,—dijo el conde, y encaminó su caballo al sitio donde acababan de llegar los dos consuegros en compañía de Catalina, después de haberse quedado á una larga distancia el pobre Santiago, muy advertido ya de su desgracia.

En efecto, los campesinos habían tardado, y mucho. Pero la tardanza, increíble para el conde, había provenido de la resistencia de Santiaguillo á dejar ir á Catalina y quedarse fuera él, resistencia legítima. Sin el ascendiente moral del tío Elías y la invencible autoridad del propio padre, una irrevocable suprema resolución hubiera tomado el receloso y escarmentado joven. El odio estallaba en todo su sér. Mil pensamientos cruzaban por su ardoroso cerebro, y mil afectos movían su agitado corazón. Unas veces antojábasele quemar aquellas cercanías para que perecieran á una en llamas tan ardientes como las llamas del infierno sus soberbios dominadores con toda su estirpe. Otras veces acariciaba el puñal como pudiera un objeto querido acariciar, y resolvía con firme

resolución destruir al señor de una puñalada, implacable como los decretos del destino y como los triunfos de la muerte. Cuantos anuncios le diera y comunicara Melchor, se agolpaban á su memoria como la sangre á un cerebro apoplético. Y su retina le dibujaba con ardientes reflejos en los espacios, las escenas de amor entre Catalina y el conde, los goces de éste con la que había destinado él para esposa de su corazón, para madre de su familia, para piedra de su hogar; y perdía casi el sentido y se dementaba y desvanecía de horror hasta el delirio, y sólo se le ocurrían proyectos de venganza. Entonces comprendía con qué razón Melchor le impulsaba fuertemente al combate para destrozár, no tan sólo sus propias cadenas, sino también las cadenas de todos sus compañeros, derriéndolas en hogueras tan gigantes como las erupciones del Etna, donde ardieran, á guisa de troncos secos los castillos feudales con todos sus protervos habitantes. La fiera, dormida en él, se despertaba con rabia en estos arrebatos de celos seguidos por planes de venganza. Y su pecho parecía una fragua, en que á golpes se forjaban las flechas de los más aviesos sentimientos. Y sus ojos ardian, por el furor en-

rojecidos, como arden los cielos purpurados por los magnéticos efluvios de una boreal aurora. Y mugía como el toro embravecido, y maullaba como el tigre hambriento, y silbaba como la serpiente de cascabel furiosa, y rugía como el león febril, pues si en el alma humana, cuando sube á lo ideal y en sus cimas se transfigura, residen los arquetipos eternos y baten sus alas de luz los ángeles del cielo, ¡ah! en el cuerpo humano enfurecido se resumen y compendian todos los instintos feroces de las más brutas y más carniceras alimañas. Santiago era en aquellos supremos instantes, ¡ah! la venganza hecha carne, hueso y sangre, la venganza cruel é implacable, generadora de horrores indecibles en sus desordenados y vertiginosos movimientos. Así, cuando persuadido, más que por las razones, por los mandatos de los dos viejos, el uno su padre, y padre á su vez el otro de la joven á quien amaba tiernamente, se quedó en las cercanías del bosque, poblado para él de furias, tendió ambas manos al horizonte, y juró con tal expresión el exterminio de aquella tierra señorial y de aquella gente noble, que cualquiera lo hubiera tomado por el espectro apocalíptico de la destruc-

ción universal, decretando el exterminio de nuestro planeta reducido á pavesas en la hora última y suprema del último y supremo juicio; tan alto había rayado su odio.

Catalina, tío Elías y el padre de Santiago, llegaron al risueño alto de caza, donde les dieran cita, y allí se detuvieron á esperar al conde. La vista podía recrearse á su arbitrio en aquel espectáculo. Por un lado y otro cruzaban los monteros á caballo y los ojeadores, como el viento rápidos, profiriendo alegres exclamaciones, repetidas y agrandadas por los ecos en tales términos, que resultaba una especie de sinfonía selvática. Cortaban á trechos el camino montones de reses muertas sobre las cuales iban á husmear y oler sangre las cazadoras jaurias de lucientes y bien dibujados perros. Por aquí, un explorador sonaba el cuerno de caza; por allí, un gentil-hombre caracoleaba en su caballo hermosísimo, llevando á la jineta un leopardo amaestrado; más lejos pasaba hermosísima señora en las ancas de su hacanea alba, enjaezada de terciopelo rojo; y por do quier las legiones de caballeros á la carrera, los ojeos con su estruendo, los brutos entre los matorrales y breñas, las resonancias de los varios instrumentos, dando á

los ojos y al oído una verdadera fiesta. Eran de ver los árboles de cuelga donde pendían ánades y liebres en mezcla confusa con trompetas, lazos, mosquetes, y por cuyas ramas se veían los halcones atados con cintas de seda y semejantes á signos y animales heráldicos, y algunos de ellos envueltos en redes finísimas de varios matices, las cuales tomaban los aspectos de flores entre las verdes hojas y los umbrosos follajes. Sesenta robustos arqueros descansaban por un lado y otro, vestidos todos con uniformes varios, á cual más bello y más vistoso. Cincuenta carretas cubiertas de ramaje se hallaban apercebidas para llevar á cien cazadores de ambos sexos en parejas, que más pacíficas ó menos diestras repugnaban cazar, ó bien á pié, ó bien á caballo. Entre las rarezas que llevaban los cazadores, atraía extraordinariamente la general atención un ciervo como el atribuido por las leyendas piadosas al patrono de la caza, el bueno de San Humberto, que llevaba una cruz de oro muy resplandeciente y muy bendita, entre las retiradas ramas de los dos cuernos de su frontal ceñido también con vistosísima guirnalda. Pero lo más extraño de todo allí, era la presencia de varios eclesiásticos católicos, seculares y regulares,

armados de punta en blanco y tan cazadores como el Nemrod más fuerte y más valiente. Los halconeros aprovechaban aquel alto para poner la caperuza de brocado con perlas á sus aves, ó para enseñarles el arte de volar con rapidez y apresar con facilidad en varios y continuos ensayos. Todo este aparato como nunca lo vieran los ojos, amedrentaba de tal suerte los ánimos de aquellos pobres labriegos, que temblaban, dando diente con diente, como si les fueran á cazar á ellos. Catalina, especialmente perdía la luz de los ojos, á cada paso, de miedo y de respeto, aunque no comprendía todo cuanto se reservaba, y latía en aquellas largas dadas á un asunto de naturaleza tan simple como el asunto de un permiso de boda. Por fin dieron de manos á boca con el conde.

—Señor,—dijo el tío Elías á fuer del más valiente y arriesgado entre toda la familia.

—Adelante,—murmuró el conde, á la presencia de Catalina embebecido y como fuera de sí.

—Ya sabéis, señor, que necesitamos un permiso de boda, y que venimos á pedirlo en cumplimiento de nuestro deber...

—De vuestro deber de siervos,—añadió el conde á los puntos suspensivos, coloca-

dos por tío Elías en el extremo de su breve petición ó plática.

—Nunca nos hemos negado al servicio de nuestros señores,—creyó deber decir, Elías, pues, extrañado de cuanto veía, no quitaba ojo á la faz del señor feudal, absorta y extática en la contemplación de Catalina, terrible absorción, y criminal éxtasis, cuya gravedad no se había ciertamente al avisadisimo Elías ocultado, pues todo lo adivinaba en su previsión y todo lo veía en sus adentros el taimado patán.

—Hermosa es vuestra hija.

—¡Una pobrecilla labriega! señor.

—¿Pobrecilla?

—Como sus padres.

—Dijeras más bien hermosa, y más, mucho más que las más hermosas entre todas cuantas he visto en mi vida y he tenido en mi corte.

—Señor,—murmuró Catalina entre dientes.

—¡Qué voz!—exclamó el conde.

—Voz virginal,—dijo uno de los gentileshombres que acababan de llegar, buscando reposo al deleitoso alto de caza.

—Suená como un cristal de Venecia herido con una varilla de oro,—exclamó el conde.

¡Oh!—se atrevieron á exclamar Elías y su hija en tan apurado trance para ellos.

—Mira, Melchor, no hay en toda tu orquesta instrumento como esa gola.

—¡Oh! la virtud de vuestros siervos,—dijo Melchor con su habitual sorna, les mantiene pura tanto la salud del cuerpo como la salud del alma.

—Señor, vuestro permiso.

—Déjame contemplarla,—dijo el conde, y tomó á Catalina por la mano.

—¡Ah!—murmuró ésta confusa.

—¡Cuán apetitosa!—exclamó el señor fijando sus ojos con verdadero voraz apetito en el rostro de Catalina, demudada, como si el contacto de la mano del conde con su mano la quemara y le infundiera rayos por sus nervios y fuego por sus venas.

—Y decir que eres mi esclava.

Después de algunos silenciosos instantes, dijo el conde, y de tal suerte á sí la acercó y puso que Catalina se apartaba, echando hacia atrás su cabeza, y Elías se estremecía y se tambaleaba casi á la vista de aquel gran desacato. Los demás espectadores comprendieron bien pronto la escena que veían, pues ni el conde ocultaba sus deseos, ni Catalina sus repugnancias, y Melchor creyó

salvarlo todo, diciendo con apresuramiento.

—El permiso, señor, el permiso.

—Justo, el permiso,—dijo también Elías excitado por el atrevimiento de Melchor.

—Doy el permiso, con una condición, que he dejado al arbitrio de Melchor, para que la diga y la esponga cuando tenga por conveniente.

—Ahora mismo,—dijo Melchor.

—¿Cómo ahora mismo?—preguntó el conde á Melchor con una grandísima extrañeza.

—Pues ahora mismo. Estos señores tienen sus genialidades propias como cada cual, dijo Melchor, y me ha dejado á mí elegir la condición del permiso, como habéis oído. Lo tienes, pues, Catalina, lo tiene Santiago, con tal que des este ramo de flores, por mí recién cogido, á la señora de nuestra comarca, y le digas cuanto dicen esos cálices y esos pistilillos y esas corolas: Condesa, no me olvides.

Catalina cogió el ramo que le diera Melchor, y preguntó en dónde estaba la condesa. Y descubriéndola bajo una encina, en cuyo tronco se apoyaba elegante silla de tijera, y por cuyas ramas pendían vistosas guirnaldas y revoloteaban canorasavecillas en gran muchedumbre dentro de áureas paja-

reras, ofreciéndole con donosura el ramo, cuando después de las miradas repugnantes del conde viera más serenos espectáculos y respirara en torno de la condesa el aroma purísimo exhalado por sus virtudes. La treta de Melchor no estaba sino muy bien calculada. Presentándose Catalina delante de la castellana, despertaba en el ánimo de tan excelsa dama los naturales celos, y destruía, ó por lo menos paraba las maquinaciones y brutalidades enormes del conde. En efecto, así que la vió, adivinó que había gustado á su marido, y en cuanto adivinó que había gustado á su marido, comenzó á moverse y á inquietarse como si estuviera azogada. El señorial señor comprendió bien pronto los afectos que atenaceaban el pecho de su esposa, y se decidió por el disimulo, no sin maldecir entre dientes á Melchor y jurar que todas juntas se las pagaría. La condesa, que deseaba salir pronto de aquella ocasión peligrosa para su felicidad, preguntó, después de haber olido y besado el ramo de la pobre labriega, qué motivo la llevaba en aquel momento á presentarse allí.

—Acompaño á mi padre.

—¿Y qué quiere tu padre?—volvió á preguntar la condesa.

—Una licencia.

—¿De caza para él?

—No, señora, no. Una licencia de matrimonio para mí.

—¿Te casas?

—Pronto.

—¿Con un joven?

—Sí, con un joven.

—Pues no podrá, no, el conde, negaros permiso que ha de ser como la llave de tu felicidad. ¿No es verdad?—preguntó al conde la condesa.

—No, de ningún modo, no lo negaré puesto que te empeñas tú.

Y miró con tanta ira en aquel momento á Melchor, que el pobre cuitado se creyó muerto y ya en los profundos y voraces infiernos.

—Señora, dijo Catalina hincándose con profunda humillación de esclava verdadera en tierra, señora mi agradecimiento será eterno.

—Senescal, dijo la condesa, hagamos bien á los que bien nos sirven. Dad aquí mismo la licencia de boda indispensable para su felicidad á esta esclava de nuestras tierras.

—Señora, el cielo premie tanta bondad.

—Levántate y sé feliz,—dijo la condesa

con verdadera inquietud, mirando ansiosa los ojos con que miraba su marido á su sierva.

—Gracias, gracias,—murmuró Catalina.

—¿No dais la correspondiente orden?—preguntó al conde la condesa.

—¿Cómo no? La has dado tú y no he menester confirmarla; pues como reinas sobre mi corazón, reinas sobre mis vasallos.

—¿Lo oís? señor senescal.

—Sí, ya lo oigo.

—Dad pues la licencia, dijo imperiosamente la condesa.

—Dadla.

—Seguidamente, añadió el conde.

—Gracias, gracias,—exclamaron nuevamente postrados de hinojos los pobres campesinos. Y nuevamente relampaguearon los ojos del conde con rabia, mientras sonrieron los labios de la condesa con felicidad, por igual motivo, porque se ahuyentaba y partía Catalina, cuya presencia despertara en el conde amor y celos en la condesa.

Como consecuencia natural de semejante paso, el señor feudal, por cuyas venas ardía hirviente sangre, cayó en una especie de loco desvarío, que tomaba dentro de su pecho mayor intensidad á medida que más nece-

sitaba ocultarlo por fuera, y no hacerse traición á sí mismo con sus imprudencias y temeridades sin cuento. Después que Catalina se partió ya, el gran señor no dijo una palabra. Prestó á la caza más animación; corrió con mayor celeridad; mató más número de piezas; pareciéndose, al perseguir y exterminar así, por distraerse y divertirse, al feroz cazador de las antiguas leyendas alemanas. Pasó toda la tarde aquella en este vertiginoso ejercicio, interrumpido sólo al venir la noche, porque naturalmente, la oscuridad lo suspendía de suyo con las sombras. Llegados al palacio-fortaleza, ¡oh! se le ocurrió una idea infernal. Como oyera que los leones rugían, pensó en darles una verdadera fiesta, dándoles de comer la persona del músico Melchor, interpuesto en el camino de la felicidad. Ya hemos dicho que las fieras estaban dentro de una especie de pozo circular, en el cual se entraba la comida por boquete de fortísimo enverjado. Abrieron, pues, aquel boquete á la orden del conde, y atando de una cuerda por debajo de los hombros al infeliz violinista, lo descolgaron y metieron. Los animales se levantaban como hambrientos, á medida que descendía de las alturas aquella promesa de carne cru-

da y fresca. Melchor, muerto casi al entrarlo por el boquete, pues el miedo le había hecho desmayarse, debió creer llegada su hora postrera. Y llegara de no interponerse la condesa y sus damas quienes arribaran al castillo, cuando el cuerpo inerte de Melchor arribaba casi á las garras de las fieras. Y le salvó la intercesión de aquellas mujeres, porque invocaban en su horror más bien el título de violinista que el título de prójimo, con frecuencia olvidado por los señores al tratarse de sus siervos. El conde sacó á Melchor, y al verlo tendido todavía sin conocimiento en el suelo, dióle un puntapié diciendo entre dientes:

—No creas haber evitado con tus trazas que este milano feudal abra sus alas y clave sus uñas en el corazón de sus esclavos. Celebren la boda cuando quieran, Catalina será del conde antes que de Santiaguillo.

CAPÍTULO X.

LA BODA.

—¿Dónde vas antes de la ceremonia?— le preguntaba Melchor á Santiaguillo, que adornado con su mejor vestido, se aperci-bía tempranito á la fiesta religiosa, por cuya virtud iba definitivamente á quedar dueño y señor de la deseada Catalina.

—Voy á consultar con la bruja Thebaida.

—¿A qué diablos?

—A que diga el horóscopo de mi boda.

—Ese horóscopo nadie lo sabe como yo, y nadie te lo ha dicho ni te lo dirá tan claramente.

—Pero tú eres un conspirador de siete suelas, y no me fío de las conspiraciones.

—Por manera que das mayor importancia en tu cacumen á la cábala mentirosa de